

# EDUCACIÓN Y SOCIEDAD

Manuel Dios Diz

Todavía seguimos conmocionados por la matanza que el chico de 18 años, Pekka Auvinen, provocó en Finlandia con un resultado, terrible, de nueve personas muertas en el instituto de Tuusula, cerca de Helsinki, incluido el propio asesino que además de matar a la directora, a la enfermera y a seis estudiantes del centro, intentó prender fuego al edificio con más de 500 alumnos e alumnas dentro.

Otro aspecto relevante de esta tragedia es que el autor anunció previamente de sus macabras intenciones en YouTube, con frialdad y premeditación. Como un vengador solitario, lleno de ira y de resentimiento, amenazaba en Internet con eliminar a todos "...incapacitados y vergüenzas de la raza humana, fracasos de la selección natural...".

Para mayor alarma social este trágico suceso coincide en tiempo con las grabaciones de móviles en algunos centros educativos de Galicia, reales o de ficción, con imágenes violentas, de diferente tipo, que son divulgadas entre rapaces y rapazas y también colgados en la red.

Todos estos acontecimientos tienen provocando regueros de tinta, titulares de trazo grueso y aperturas de telediarios en algunas televisiones del país, reabriendo, de esta manera, varios debates, algunos de ellos, ya reiterados. Son tantos que a veces resulta imposible abordarlos con suficiente serenidad y rigor.

Por otro lado se mezclan temas y opiniones. Aparecen estudios, expertos, concienciados análisis, informes, propuestas, a veces contradictorias, que con la misma fugacidad con la que aparecen, se olvidan hasta la siguiente ocasión.

No faltan voces que se escandalizan sobre lo que está pasando en los institutos y entre nuestra juventud, casi siempre, desde el desconocimiento de la realidad o desde ciertos prejuicios morales muy arraigados entre los adultos y que tienden a criminalizar o a descalificar comportamientos que atribuyen, con ligereza, a toda la juventud. Ya Sócrates afirmaba en su tiempo que "los mozos de hoy en día son unos tiranos. Contradican a sus padres, devoran la comida, y les faltan al respeto a sus maestros...".

El debate sobre la violencia también es recurrente. Si hay más o menos que antes, si hay la misma, si está más difundida, si es innata o aprendida, si es culpa de la televisión, de los padres, de la escuela, de los videojuegos, del cine, de la sociedad, de la pérdida de valores, de la superprotección o de la educación permisiva, armarios llenos y corazones vacíos.

También aprovechamos para preguntarnos públicamente sobre los propios móviles y su utilización en los centros de enseñanza, o sobre los límites del derecho a la información y la probable colisión con otros derechos como pueden ser los de la necesaria protección de los menores, honra, intimidación personal, imagen, etc. Y sobre si

la mejor forma de abordar esta problemática es premiar a los agresores, reales o ficticios, proporcionándoles dinero o minutos de gloria, incentivando, de esta manera, las peores conductas.

Con frecuencia escuchamos a quién aprovecha para proclamar, una vez más, el fracaso de la educación y del sistema escolar, para cargar contra algunas leyes educativas, contra el profesorado, sobre la excesiva permisividad, la pérdida de autoridad, o mismo para deslegitimar nuevas materias como la de educación para la ciudadanía y los derechos humanos, como dice el Gran Wyoming “La que está liando Zapatero”.

La comunidad educativa, lejos de unificar criterios, de cooperar entre los distintos sectores (profesorado, padres y madres, alumnos), con excesiva frecuencia, tiende a responsabilizar a los demás de lo que ocurre, ignorando el viejo proverbio africano de que “para educar a un niño hace falta la tribu entera”.

Y las autoridades, en no pocos casos, callan y esperan a que amaine.

Cuando las personas de mi edad, alrededor de los 50, estudiábamos, íbamos al instituto, el mejor de cada casa, de cada barrio, de cada villa... mientras que la gran mayoría, la inmensa mayoría, terminaban su escolaridad primaria, en el mejor de los casos. Hoy, por el contrario (y por suerte), están en la Secundaria todos y cada uno de los alumnos y alumnas, sin excepción, los que quieren estudiar, los que les gusta, los que están por obligación, los que objetan, los que tienen un ambiente familiar favorable, los que vienen con la mochila cargada de carencias y de déficits (emocionales, afectivos, socioeconómicos...), los que arrastran graves problemas de conducta, enfermedades psicológicas, psiquiátricas... y esta nueva realidad, en si misma, significa un cambio absoluto, escolar y social, que está aquí para quedarse, con la que tenemos que convivir, y entendiéndola como un desafío, como un reto, no como una desgracia.

**Manuel Dios Diz** es maestro, Licenciado en Geografía e Historia, preside el Seminario Galego de Educación para a Paz (Fundación Cultura de Paz)